

## **Invitación al silencio**

El silencio no es para hacer algo; sencillamente es para hacer nada. No es para escuchar algo; es para descansar de nuestro inacabable hacer, de nuestro incesante escuchar.

El ruido y el hacer tocan, una y otra vez, los tejidos de nuestro ser, los nervios, las fibras. Así, a su contacto, se van poniendo duros, tirantes, al punto de vibrar al menor roce, al más suave tirón.

A veces nuestros nervios están como las cuerdas de un violín a punto de saltar atormentado.

Por nada se disparan. Por nada retiemblan.

Por nada saltan, tirantes, tersos. Como la piel de un tambor estallando.

El silencio nos recibe así. Del ruido nos despedimos rotos, desmembrados.

En el silencio uno se reblandece y se vuelve suave.

Porque el soplo húmedo, vivificador, puede llegar al último rincón, al más lejano escondrijo, a lo más oculto de nuestro ser.

Los nervios dejan de ser nudos, se sueltan, se ablandan. Se desretuercen.

Los nervios sanan, se curan al contacto con el silencio.

No sólo se recuperan nuestros tejidos y nuestras células, todas heridas, dañadas, angustiadas.

Se cura, también, la ilusión, el amor.

La vida, al volver, arranca de nuestro cuerpo inmensa gratitud.

La vida recupera un paso que es como danza, que es calma, que es salud y futuro, equilibrio y esperanza.

. . .

## **La morada del silencio**

Hay muchos espacios. Existe el espacio físico, el espacio social, el espacio ideológico, el espacio artístico... Y otros más: el mar, el cielo, la llanura, el valle, la sierra. Todavía se puede hallar el espacio espiritual, un espacio silencioso. Es el silencio un lugar para encontrarse, descansar, recobrase, amar, crecer.

El espacio silencioso no necesita decoración alguna, ningún adorno: ni alfombras, ni murales, ni biblioteca, ni chimenea, ni muebles. No es para contemplar sino para albergar otra presencia, acaso imprevisible.

Este albergue es el silencio; un silencio que surge al poner fin a todas las voces de fuera, de las zonas más superficiales.

Porque el silencio no es lo que se toca, o se ve; no entra por los sentidos sino que es el espacio donde la presencia se muestra y se hace evidente.

En el silencio lo visible se disipa y lo invisible puede volver se visible. Es un espacio, el silencio, donde amanecen huellas de la presencia íntima.

El silencio hace del corazón un lugar de revelación, no del entorno que nos circunda sino del mundo que se aloja dentro. Es la explosión de lo oculto, de lo hospedado en la interioridad; es el descubrimiento, la reconquista de lo que ya va con nosotros.

Al alejarnos del exterior recobramos la mirada primitiva, la mirada original de nuestro corazón, los ojos del hijo que somos, del amor que nos da a luz.

El que mora en el silencio es insumiso a lo establecido, indomable al atarse a una tradición y, a la vez, es fiel a lo verdadero.

Es, el silencio, una morada sin desechos, sin memoria, sin residuos. Por eso nos regala, el silencio, una coherente unidad de visión. En ese espacio, uno no se siente configurado por la exterioridad.

El que mora en el silencio se vive a sí mismo, sin reservas y serenamente, pues todo lo serena el silencio. Serena la noche y el día, serena la aurora y el atardecer, serena las horas oscuras, las horas de luz y de bochorno. El silencio nos trae la paz y deja emerger la inocencia y la plenitud. Apenas he de decir que jamás la vida se siente tan rimada, tan pura, tan sosegada, tan clara como las horas calladas, como en la morada del silencio.

. . .

### **Silencio, transparencia**

El ruido nos distrae de nosotros mismos, y hace que perdamos mil veces la ruta hacia el interior, la orientación hacia adentro, y que empujados por la voluntad de ser uno mismo, mil veces también volvamos a comenzar. Como que fuera imperforable el ruido, como que fuera una muralla imposible de franquear, y no hacemos más que fracasar en el intento.

Es hora de volver los ojos hacia el centro, hacia Dios, que es el cimiento rocoso del hombre. Es hora de reconquistar las varias tribus en que andamos fraccionados y disueltos, y poner manos a la obra para reconstruirnos. Ésa es la hora y la obra del silencio.

Busca el paisaje interior de tu alma; emigra hacia ti, hacia los confines difusos, hacia las más lejanas latitudes de tu espacio, de tu universo íntimo. Y recorre ese camino delicado, aunque fatigoso. Si no, te perderás en lo extraño, en lo ajeno a ti mismo.

Jesús dice: entra dentro, vuelve a ti mismo. Porque si te abres a los otros ruidos te extravías, te desorientas y te haces un vagabundo. Después podrás salir hacia los otros. Pero irás desde ti, con confianza, sin ninguna política de defensa frente a los demás.

Puedes, sí, darte el lujo de ocuparte de ti, de tu campo, de tu tierra, de sudar labrando tu heredad.

Podrás entonces arreglarte bien con los otros. Bien y mejor.

Hasta con entusiasmo.

En el silencio se van derrumbando los «muros de separación», que nos aíslan de lo profundo y estorban el paso al interior.

El silencio te lleva a ti mismo, a tu «adentro».

El silencio te despierta a Dios, siempre presente en ti mismo.

...

### **Silencio, volver a uno mismo**

En el silencio se puede vivir una de las emociones más delicadas y profundas: la emoción del expatriado que vuelve a su patria cuando uno ya casi no contaba con poder retornar a su país natal, donde está su verdadero ser, donde se aloja su verdadera identidad. Es el encuentro con nuestra alegría y felicidad.

El silencio es volver al rincón más amado, y a la vez más alejado, de nuestro corazón tanto tiempo tapiado; es volver uno a sí mismo, tanto tiempo extraviado y errante.

Uno puede saberse desterrado de sí mismo. Y siempre es posible regresar por la puerta de entrada que es el silencio, que es el camino de vuelta.

El exilio comienza cuando uno, de la mañana a la noche, se dirige a otros espacios, se echa a andar por otros senderos, distraído y vagabundo de otras patrias. Ha dado vueltas por otros territorios, contemplado otros paisajes, oyendo otros pájaros, escuchando la música de otras cosas que le asedian y reclaman a la vez.

A la hora del retorno no cabe entretenerse con nada ni con nadie. Cualquier cosa puede retrasar la llegada. No hay que mirar nada, ni sonreír a nadie, ni dar la mano. Es retornar a uno mismo; no es una huida, ni una escapada. Y urge llegar pronto.

En el silencio se está alerta, predispuesto y pronto para pisar el umbral del corazón. Poner los pies de nuevo, pisar la tierra íntima, es como renacer, resucitar. La vida se inauguró, nació ahí dentro. Y uno lo había olvidado. Pero a pesar de todos los pesares, en esa posada de la interioridad existe solidez, agua fresca, ímpetu nuevo.

Se siente estremecimiento al advertir que dentro hay tal dinamismo, intensos sorbos de vida y de paz; es el fluir de la fuente oculta, ahora abierta por el silencio. Por eso el corazón se vive sano y recobrado, alentado por la vibración más fecunda.

El interior es tu casa, tu ciudad, tu tierra. Y al volver te vas a enamorar del que te llena y colma a rebosar. De Dios.

El silencio es seducción de lo absoluto que inunda tu anchura íntima. Y ahí te encuentras contigo mismo, con lo que eras ya en la edad de la germinación, desde siempre.

El silencio es lujo del corazón, donde se prepara el trato con las cosas, sin hosquedad, sin hostilidad. Del silencio brota la suavidad y la calma del alma que ha regresado a sí misma, y desde él se vierte sobre el entorno todo el júbilo y toda la felicidad.

...

### **Un territorio íntimo**

El silencio no cabe en un anuncio de televisión, no es un asunto publicitario. No hay imágenes ni color que lo digan. Quizá una melodía lo sugiera. Pero no lo podrá decir ni cantar. Otra cosa sería un seudosilencio.

Si algo se puede decir del silencio sin deformarlo, sin traicionarlo, es sencillamente que está más allá de la palabra, de la idea, de una imagen, más allá de un proyecto o de una norma.

Está más allá de lo periférico, más allá del ego. Más allá del desierto, incluso.

El silencio es un territorio íntimo, un territorio sin tornas, sin mojones. El silencio es siempre lo desconocido, lo inmaculado, lo de dentro, lo que no conoce imitaciones.

El alma del silencio puede sentir la tentación de casi enmudecer. Cuanto menos se sabe del silencio más se habla de él. Si un día uno se aproxima, aunque no se sumerja en él, se despertará el anhelo de volverse también silencio. Y es que ninguna palabra, ningún ademán lo expresa. Nada es adecuado ni justo para nombrarlo. Santo Tomás de Aquino, después de una experiencia honda del mundo divino, guardó intenso silencio. Este silencio suyo es quizá su mejor canto a Dios, la más armoniosa suma teológica. Nos regaló su silencio asegurándonos que lo que había escrito no era más que paja. Puede, quién sabe, que sea una equivocación quedarse con la paja y olvidarse del silencio.

Pero antes del silencio, de ese recinto y pasaje íntimo y virgen, están los temores, los sobresaltos, los azoramientos, lo más turbio de nuestra existencia. Quedarse ahí, en ese brillo de la superficie, es traicionar y extraviarse del paraíso del silencio.

El silencio no es espectáculo de recuerdos, fantasías, añoranzas, nostalgias, trepidaciones. De ser así, ese silencio sería un sucedáneo y ficción de lo autóctono, del inocente y puro corazón.

El exterior, la mente, la sensibilidad es a veces un caos, una confusión, un desorden, una agitación. Algo trivial. No pasa de ser una exhibición del pasado y de los sueños.

El silencio no se imita, no se copia. Es algo singular. Es lo más íntimo, tu zona secreta, tu zona oculta, tu cripta, tu sima misteriosa.

Es el silencio el único que queda como terreno limpio, espacio privado. Nadie podrá robarte ese interior. Nadie lo va a adulterar, nadie lo infeccionará. Es tu centro incontaminado, es tu corazón virgen, es tu autonomía, es la solidaridad consumada y colmada de todo lo que eres, donde todo se subordina al puro silencio. El ruido es insolidaridad y perversión. El silencio

es unidad y reconciliación de todo lo que eres. El silencio eres tú, preferentemente tú, virginalmente tú, únicamente tú. Donde Dios lo es todo, donde Él colma ese vacío, donde la palabra cobra vida y resonancia. Donde la nada se vuelve canción del que es todo en todas las cosas.

(Textos seleccionados de "la cosecha del silencio" de Moratíel)